

VALORACIÓN CRÍTICA DE LAS *RIMAS* DE GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER

Gustavo Adolfo Bécquer (1836-1870) fue escritor de vida corta pero intensa. Es autor, entre otras obras, de las *Leyendas*, narraciones en prosa que aúnan costumbrismo, fantasía y misterio, y de las *Rimas*, poemas que en parte fueron apareciendo mientras vivió (concretamente entre 1857 y 1868), pero que sus amigos recopilaron por primera vez en una edición de 1871, poco después de su muerte. Apareció luego, en 1914, otra edición manuscrita del propio Bécquer, dentro de su *Libro de los gorriones*, con tres poemas más (hasta setenta y nueve) y una ordenación diferente.

Bécquer se sitúa en un momento de transición del Romanticismo al Realismo, y por sus temas y sensibilidad se le suele considerar como un autor posromántico, alejado ya del romanticismo grandilocuente de un Espronceda o de un Zorrilla. Su originalidad se basa en la combinación de influencias: por un lado, poetas románticos como el inglés Byron y el alemán Heine; por otro, la poesía popular andaluza, que le hace optar, en sus propias palabras, por una “poesía natural, breve, seca, que brota del alma como una chispa eléctrica (...) desnuda de artificio”.

Bécquer explicó sus ideas sobre la poesía en numerosos escritos (cartas, prólogos...): según él, el hecho poético es real, independiente y anterior al poema, y genera una emoción. El poema trata de evocar y recrear, ya en frío (combinando inspiración y técnica) esa emoción, a través de un lenguaje que resulta siempre insuficiente. Para Bécquer, la poesía reside especialmente en la belleza, el misterio, el amor y la mujer.

Así pues, en el aspecto formal, sus *Rimas* se caracterizan por la sencillez y la autenticidad: el sentimiento se expresa mediante una suave sonoridad. Se juega con la sugerencia mediante los silencios, los finales truncados, la escasez de adjetivos que da más importancia a los pocos que aparecen. Con frecuencia presentan una estructura apelativa: el yo del sujeto lírico interpela a la amada o a la poesía. Eso sí, la elaboración es cuidada, con numerosos recursos retóricos, especialmente de tipo constructivo, como contrastes, anáforas y paralelismos, que propician simetrías rítmicas y expresivas. También abundan las metáforas (incluso símbolos) y comparaciones, relacionadas especialmente con la naturaleza y con el dominio de lo sensorial (música, formas, colores –negro y dorado especialmente-, etc.). Los hipérbatos y encabalgamientos añaden tensión emocional y destacan elementos centrales del poema; la intensidad emotiva se refuerza también por medio de recursos típicamente románticos, como los puntos suspensivos, las exclamaciones o las interrogaciones.

La métrica también tiende a la sencillez: predomina la suave musicalidad de la asonancia. Los poemas son más bien breves, con versos variados (de cinco, siete, ocho, once sílabas...) y con un abanico de estrofas que van de la silva arromanzada al romance. Es frecuente el uso de versos de pie quebrado que, al cerrar las estrofas, marcan el ritmo y concentran la materia significativa.

En cuanto a los temas, algunos han querido ver en las *Rimas* un relato lírico de las vivencias amorosas de Bécquer (quizá suma de varias experiencias). Si nos basamos en la ordenación de la edición de sus amigos, se suelen distinguir cuatro bloques temáticos. El primero (rimas I-XI) trata especialmente sobre la propia poesía: dónde radica, en qué consiste. En el segundo (rimas XII-XXIX) predomina el amor en un tono esperanzado: la mujer es un ideal casi inalcanzable, etéreo. En el tercer bloque (rimas XXX-LI) sobreviene el desengaño: la amada es cruel, orgullosa e interesada; con ello, el lenguaje se vuelve prosaico y coloquial, más narrativo, y se habla de la mujer más en tercera persona que en segunda (distanciamiento). El último bloque (rimas LII-final) refleja en un tono pesimista los temas de la soledad, el sueño, el paso del tiempo y el destino mortal del hombre.

En conclusión, Bécquer nos ofrece en las *Rimas* una poesía intimista en la que la retórica, aunque existe, no ahoga la autenticidad, sino que, por el contrario, contribuye a una expresión conmovedora de los sentimientos, sugeridos a través de motivos que han entrado casi en la memoria colectiva (el arpa, las oscuras golondrinas...). Prueba de ello es la gran influencia que tuvo en poetas posteriores. Así pues, aunque su visión de la mujer pueda parecer en ocasiones excesivamente idealista o exaltada para nuestra mentalidad actual, sus versos aún nos llegan hoy en día, porque tratan temas eternos.